

Josep Pla

# Notas y dietarios

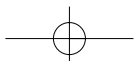
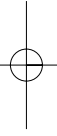
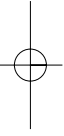
Prólogo de Carles Casajuana

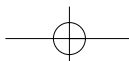
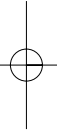
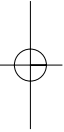
Traducción de Dionisio Ridruejo, Gloria de Ros y Xavier Pericay

 Planeta



# El cuaderno gris





1918

*8 de marzo.* Como hay tanta gripe, han tenido que clausurar la Universidad. Desde entonces, mi hermano y yo vivimos en casa, en Palafrugell, con la familia. Somos dos estudiantes ociosos. A mi hermano, que es un gran aficionado a jugar al fútbol —a pesar de haberse roto ya un brazo y una pierna—, lo veo solamente a las horas de comer. Él hace su vida. Yo voy tirando. No añoro Barcelona y menos aún la Universidad. La vida de pueblo, con los amigos que tengo aquí, me gusta.

A la hora de los postres, en el almuerzo, aparecen en la mesa una gran fuente de crema catalana y un bizcocho delicioso, esponjoso, dorado, con un espolvoreo de azúcar ingrávido. Mi madre me dice:

—¿No recuerdas que hoy cumples veintiún años?

Y en efecto: sería absurdo discutirlo: hoy cumplo veintiún años. Echo una ojeada circular. Mi padre come en silencio, en un estado de perfecta normalidad. Mi madre no parece estar tan nerviosa como suele habitualmente. Puesto que en este país solo se celebran los santos, la presencia del bizcocho y de las natillas me hace desconfiar. Me pregunto si han sido elaborados para celebrar realmente mi aniversario o para recordarme que el balance de mis primeros años es absolutamente negativo, francamente pobre. ¡Esta alusión —pienso— es tan natural! Tener hijos en forma de incógnita, de nebulosa, tiene que ser muy desagradable. Mi frivolidad, sin embargo, es tan grande, que ni el problema de conciencia planteado por las golosinas es bastante para evitar que encuentre el bizcocho sabrosísimo y la crema literalmente exquisita. Cuando me sirvo más, la frialdad aumenta de una manera visible. ¡Veintiún años!

¡La familia! Cosa curiosa y complicada...

A media tarde se pone a llover —una lluvia fina, densa, menuda, pausada—. No corre ni pizca de aire. El cielo es gris y bajo. Oigo caer la lluvia sobre la tierra y los árboles del jardín. Produce un rumor sordo y lejano —como el del mar en invierno—. Lluvia de marzo, fría, glacial. A medida que va cayendo la tarde, el cielo, de gris, se vuelve de un blanco de gasa —lívido, irreal—. Sobre el pueblo, pesando sobre los tejados, hay un silencio espeso, un silencio que se palpa. El rumor del agua que cae lo alarga en una música vaga. Sobre este sonsonete veo flotar mi obsesión del día: ¡veintiún años!

Ver caer la lluvia, al final, me adormece. No sé qué hacer. Tendría, es evidente, que estudiar, repasar los libros de texto, para sacarme de encima esta pesada carrera de abogado. No hay manera. Si a menudo no puedo resistir la tentación de leer los papeles que encuentro por las calles, ante esta clase de libros, la curiosidad se me cierra a cal y canto.

Decido empezar este dietario. Escribiré —lo justo para pasar el rato, a la buena de Dios— lo que se me vaya ocurriendo. Mi madre es una señora muy limpia, dominada por la obsesión de mantener la casa en un orden helado. Le gusta romper papeles, quemar viejos cachivaches, vender al trapero todo lo que para ella no tiene utilidad práctica o decorativa inmediata. Será un milagro, así, que estos papeles se salven de sus admirables virtudes caseras. Si esto llega, sin embargo, no creo que hiciera con ello ningún mal.

9 de marzo. Parece que es obligado, en esta clase de escritos, hacerlos preceder de unas notas biográficas. A mí, personalmente, me entretiene muchísimo leer memorias, reminiscencias, recuerdos, por muy humildes y vulgares que sean. Si estas notas se salvan de la quema, quizá algún día les echará un vistazo algún pariente mío lejano o alguna persona curiosa y desocupada.

He nacido en Palafrugell (Petit Empordà) el 8 de marzo de 1897. La totalidad de mi sangre es ampurdanesa. Mi paisaje básico queda comprendido entre Puig Son Ric, de Begur,<sup>1</sup> a levante; las montañas de Fitor, a poniente; las islas Formigues, a mediodía, y el Montgrí, a tramontana. Siempre me ha parecido que este país es muy viejo y que sobre él ha pasado toda clase de gente; gente errante y diversa.

Mi padre se llama Antoni Pla i Vilar. Pla es el nombre del *mas* Pla de Llofriú, lugarejo insignificante del término de Palafrugell con parroquia propia. Es un pueblecito silencioso de tierras de secano, pobre, con una gente resignada, cerrada, de pocas ilusiones. Vilar es el nombre de una familia de Mont-ras, municipio situado sobre la carretera de Palafrugell a Palamós —un pueblecito de gente chillona y republicana, donde se produjeron encarnizadas luchas políticas y personales—. Por el lado paterno, todos mis antepasados fueron payeses. El archivo parroquial de Llofriú se inicia inmediatamente después del Concilio de Trento. Mosén Birba, sacerdote de mucha ilustración, más aficionado a leer papeles viejos que a cavar las tomateras, que fue rector de la parroquia, me dijo una vez que, desde el comienzo del archivo, hay constancia de la presencia de mi familia en el *mas* Pla. Mis antepasados fueron payeses muy pobres, que vivieron, sobre todo, del cultivo de la viña.

Entre los años sesenta y setenta del siglo pasado, la familia Vilar, de Mont-ras, se trasladó a Barcelona. Un tío abuelo, el doctor Vilar, hermano de Marieta Vilar, mi abuela paterna (María Vilar Colom), se estableció allí como médico, exactamente en la Barceloneta. Políticamente, el doctor

1. Por razones de carácter conservamos en catalán los topónimos naturales y urbanos, salvo en los casos referidos a Barcelona en que esté muy difundida la versión castellana. Lo mismo haremos con los onomásticos y con algunos títulos de entidades, etc.

Vilar fue un exaltado y profesó un científicismo de matiz materialista y ateo. Reminiscencia típica del espíritu del 48, fue un hombre febril, agitado, buenísimo, con una cabellera romántica y en el que contrastaba una gran palidez de cara con la ampulosa corbata de plastrón de seda negra que llevaba.

Para casarse con mi abuelo (Josep Pla Fàbregues), Marieta Vilar vino de Barcelona, en la época de la segunda guerra carlista. Dada la inseguridad de los caminos, hizo el viaje por mar, desembarcó en Palamós, y, con la tartana de línea, emprendió el viaje hacia casa. Era otoño, salían al atardecer. Antes de llegar al puente de En Bitlla, los caballos se espantaron y empezaron a recular. Había un hombre muerto en medio de la carretera. En un pinar oscuro, que quedaba cerca del camino, se veía un fuego de leña verde que despedía un humo espeso y blanco. La caballería del general Savalls estaba acampada bajo los pinos. La que después fue mi abuela llegó a casa asustada, con la expresión descompuesta, temblando. Cuando le hubieron aflojado un poco el corsé, una vez recostada en el sofá, la hicieron recobrar-se matando una gallina, a fuerza de tazas de caldo. El recuerdo de este susto lo ha conservado la abuela Marieta toda la vida y, todavía no hace mucho, la oí decir a un payés que se le quejaba de la inseguridad de los tiempos:

—¡Claro! La cuestión es que, gobierne uno u otro, no se tenga que matar una gallina cada tres o cuatro días para reanimar a la gente que no hace ningún daño...

Mi madre se llama Maria Casadevall i Llac. Su padre (Pere Casadevall) fue herrero y tuvo fragua abierta en la villa de Palafrugell. El hijo de su primer matrimonio, Esteve Casadevall i Pareres, emigró a Cuba e hizo una fortuna considerable (para la época) con el tabaco. La tercera parte de esta fortuna fue heredada por su media hermana, o sea, por mi madre. El abuelo Pere fue, de joven, esparterista y liberal. Cuando su hijo volvió de Cuba, inició una evolución hacia las formas más obvias de la moderación. A medida que se fue marchitando, se suscribió al *Brusi* y tuvo una vejez —ya apagada la fragua— tranquila y plácida.

Los Llac vienen de la Gavarra, de las montañas de Fitor, y mi bisabuelo de esta rama fue colono de la Cavorca, un mas remoto y solitario, entre cielo y bosque. Es una familia fuerte, y su gente ha cumplido muchos años. La generación de mi abuela se compuso de siete chiquillos: un niño y seis niñas. El hijo fue desertor, pasó a Francia (a Reims), se casó allí y tuvo un hijo, Gastón, que se hizo matar en Verdún, luchando por Francia. El hecho parece un misterio, pero quizá no lo sea tanto. De las chicas, dos se casaron en Sa Bardissa (o sea, en Calonge), dos en Palamós y dos en Palafrugell. Algunas de estas familias emigraron, más tarde, a Francia. Actualmente, dos primos hermanos de mi madre son anarquistas de acción, considera-

dos muy peligrosos por la policía... Se pasan la vida entrando y saliendo de la cárcel, saltando de un escondrijo a otro; tan pronto están aquí como al otro lado de la Albera. El hecho no es excepcional en las familias del país: las ramas ricas, o tan solo acomodadas, suelen ser católicas y convencionales; las pobres, anarquistas y desgarradas. A más riqueza de un lado suele corresponder más inconformismo en la otra rama.

De los abuelos, solo he conocido a Marieta. El abuelo Josep Pla murió joven, herido por un rayo, mientras contemplaba, desde una ventana del mas, una tempestad. El abuelo Pere Casadevall ya estaba muerto cuando yo vine al mundo. La abuela materna, Gracia Llac i Serra, según un daguerrotipo que se conserva en casa, fue una persona de mucha suavidad, con una raya perfecta sobre la frente y un punto de dulzura en las facciones francas y bien dibujadas.

Tengo la impresión de que en la familia hubo durante muchos años una viva admiración por el señor Esteve Casadevall, a causa de la fortuna que trajo de Cuba. Una vez vuelto al país, se casó con una señora distinguida y beata, doña Beatriu Girbal. No tuvieron hijos. Esta señora Beatriu y una hermana soltera, la señora Carme, habían vivido de jóvenes en Champagne, en Épernay, donde su padre tenía un negocio de taponos de champaña. En Épernay vivieron muy de cerca las incidencias de la guerra franco-prusiana y la invasión alemana, y un día vieron cómo atravesaba el pueblo, montado sobre un caballo blanco, el príncipe de Bismarck.

Por influencia de doña Beatriu, el señor Casadevall se acercó, poco a poco, a la iglesia. Un año, el P. Goberna, célebre jesuita de Barcelona, predicó en Palafrugell una misión muy dramática. Se produjeron conversiones contundentes y espectaculares. El señor Casadevall fue tocado por el impacto. Se volvió un católico encarnizado, activo, completo. La misión no estaba aún rematada y ya había ido él a la notaría y dictado un testamento dejando diez mil duros oro (las dos terceras partes de su fortuna líquida) a la curia de Girona. Como las maneras del converso fueron típicamente las del neófito, alguien insinuó que en Cuba había sido liberal y quizá francmasón. No lo he podido aclarar nunca. Lo que es un hecho es que la religión dio al señor Casadevall un gran carácter. Era la época de Pío IX. Los republicanos del país le llamaban «el nuncio de Su Santidad». Se convirtió en un señor enormemente serio, con una severidad densa y compacta y una ponderación granítica. Llevaba levita, sombrero de copa, zapatos de charol y un bastón negro, bruñido, con un pomo de marfil como una bolita de billar. Escribía con una caligrafía admirable. Era alto, seco, un poco encorvado.

Mis padres se casaron jóvenes, a los veinte años, con una salud perfecta. Así, tuve fama, pocos momentos después de haber nacido, de criatura bien constituida. Ahora, a las criaturas, las pesan muy a menudo, y en las

farmacias hay, desde hace poco tiempo, balanzas con cuna para pesarlas. En mi tiempo, esto todavía no se estilaba. Si se hubiese hecho, yo hubiera resultado un peso fuerte de la infancia. Mi madre solía contarme que cuando ella o la niñera me sacaban, con el cochecito, a pasear, las parejas de enamorados que encontrábamos se embobaban ante mis mejillas. Las señoritas me hacían fiestas y me decían cosas rarísimas, con el extrañísimo tono de voz que se usa para hablar con los críos. Después, miraban al joven que tenían al lado, con una media sonrisa como queriendo decir:

—Veremos si sale como este el que me harás...

El joven debía de bajar los ojos púdicamente, con un aire de modestia y de exquisita urbanidad. Quizá pensaba:

—Haremos lo que podamos...

Me hace gracia pensar que no tuve que hacer más que nacer y salir de paseo por las calles para provocar ideas elevadas y movimientos de calidad en los habitantes de mi villa natal. De mayor, no he llegado nunca a producir unos resultados tan convenientes y admirables.

Nací, en todo caso, en el Carrer Nou —o del Progrés—, que es una calle muy triste y larga, derecha como una vela, que va desde la calle de la Caritat a la vía del tren de Palamós. La casa era un balumbo bastante alto y la fachada miraba a tramontana. Eso hacía que las habitaciones abiertas a la calle fuesen, en invierno, muy frías, glaciales. En cambio, las orientadas al mediodía eran muy soleadas: daban a un huertecito resguardado. Más allá del huerto, desde un murete bajo, se veía una huerta muy grande —la huerta de Joanama— admirablemente cultivada. Es muy posible que el afecto que he sentido siempre por las cosas ordenadas y limpias —aunque personalmente he sido un desordenado— me venga del gozo mental que me producía, de pequeño, la contemplación de aquel paisaje de bancales tan bien dibujados, tan bien regados, tan perfectamente bien contorneados.

De la época de mi infancia no recuerdo absolutamente nada. He oído decir que, aparte de las habituales enfermedades infantiles (escarlatina, sarampión, etc.), no estuve nunca enfermo. Siendo una criatura de pañales, debí de vivir en el seno de una dulzura extasiada. Mi vida de familia fue, casi con toda seguridad, irreprochable. Algunas personas me han dicho que si hubiesen podido habrían escogido ellos mismos a sus padres. Tengo que confesar que, si hubiese podido escoger, me hubiera dirigido a las mismas personas que me pusieron en el mundo y me criaron. Se pide a los padres una serie de cosas, de virtudes, de artimañas, que generalmente no pueden dar: dinero, posición social, astucia, descaro. La única cosa que habría que pedir a los padres es fuerza física y salud corporal. Fuera de esto, todo está dominado por el azar y los imponderables.

En todo caso, sospecho que la época de los pañales es la más feliz de la existencia terrenal. ¡Qué tiempo de maravilla! Esos sueños tan largos,



esos almohadones tan blandos, esas deliciosas madrugadas y esos líquidos succulentos y delicados ino se deberían sorber de pasada! ¡Vivir en un mundo en que, esencialmente, solo se tiene hambre y ver que todo el mundo se esfuerza por saciároslo, tiene que ser un deslumbramiento continuo, una fascinación beatífica! ¿Os lo imagináis? Es muy cierto lo que digo, que el abrigo de la infancia crea, con los años, por contraste, la sensación de intemperie y de inseguridad. La vida se convierte en una nostalgia de la dulzura perdida, de la felicidad robada. Pero, de aquella época de placeres tranquilos y de bienestar vegetal, me ha sido siempre imposible retener cualquier recuerdo preciso y concreto... Eso debe de aumentar probablemente el encanto de la época de lactancia como paraíso perdido —como paraíso terrenal.

Al lado de casa vivía la señorita Enriqueta Ramon, una vieja soltera pequeña y regordeta, metida en un corsé complicado, colorada de rostro a pesar de la distinción de sus sentimientos, rematada por un peinado muy alto. El huerto de la señora Enriqueta —que no era un huerto, sino un jardincillo, pues no entraba en sus proyectos hacer ninguna concesión a la ordinaria vulgaridad— se comunicaba con el nuestro por el brocal del pozo, que era común a las dos casas. Mi madre solía llevarme al brocal del pozo y la señorita Enriqueta —según me han contado— me hacía fiestas desde el otro lado. A menudo, las manifestaciones de su afecto eran tan espectaculares que mi madre no tenía más remedio que pasarme, como un paquete delicado, sobre el abismo del pozo, hasta sus brazos. Las expansiones sentimentales, siempre desordenadas, habiendo un pozo entremedias, no suelen ser sensatas. Hubiésemos podido caer todos al pozo: la señorita, mi madre y yo mismo. En realidad, yo era el que más peligraba, por razones de franca obviedad. No es que, de todo aquello, tuviese consciencia en el momento en que pasaba. He llegado a suponer que realizaban aquellos desplazamientos para habituarme a las emociones y peligros de la vida, que son tan considerables. Pero ahora, ya adulto, cuando pienso en todo aquello, se me pone carne de gallina y me confirmo en la idea de la incommensurable insensatez humana.

No sabría describir en qué forma se produjo, en mi caso concreto, el despertar de la consciencia. La oscuridad es completa; la amnesia, total. La primera reminiscencia precisa es visual: veo, de un golpe, a mi padre leyendo el diario en la mesa, el cuerpo sobre el mantel blanco, toda la cara manchada por la luz del quinqué de petróleo filtrada a través de una pantalla de tela verde. Ver la piel de mi padre chorreando verde me produjo una sorpresa tan grande que estallé en una risa nerviosa e incontenible. Los dos recuerdos siguientes son del olfato: el olor de corcho quemado, un poco acre, que siempre flota en el aire de Palafrugell y que da a los forasteros de fino olfato la sensación de un incendio recién apagado; y el olor de pana de

los trajes de la gente —que siempre se me ha hecho desagradable y agrio—. Más tarde asocié este hedor con el sonido del roce que hacen los pantalones de pana de la gente al caminar. El cuarto recuerdo es desagradable: es la sensación de angustia que me produjo soñar que pasaba por el borde de la cornisa del campanario. El vértigo siempre me ha resultado insoportable. Soy un animal de tierras llanas, o como mucho, ligeramente onduladas; un animal horizontal.

Después, se produce en mi memoria un tumulto confuso de imágenes y de recuerdos. Dentro de este desorden inextricable aparece, muy precisa, la sorpresa que tuve el día en que, en el momento de orinar, sentí que el líquido tenía olor de espárragos. Había comido, hacía dos horas, una tortilla con espárragos. Comprendí la ley de la causalidad.

Al colegio fui desde muy pequeño: a los tres años. Fui alumno del que tenían establecido los hermanos maristas, en el barrio de la Rajola, en Palafrugell. Los *hermanos*<sup>2</sup> iban vestidos de una manera muy extraña: esto explica, quizá, por qué me produjeron un respeto tan completo e instantáneo. Llevaban una sotana ceñida al cuerpo con un cordón de borlas y, sobre los hombros, una esclavina —la media capa que llevan los propietarios rurales en Francia—; un sombrero pequeño de cura muy sorprendente en el país, porque entonces la mayoría de los curas llevaban teja; dentro de los zapatos bajos llevaban unos calcetines de paño negro. A pesar de esta singular indumentaria, el colegio era buenísimo, muy serio, de una disciplina perfecta. El hermano Blas fue para mí un maestro inolvidable. Me enseñó, sólida y rápidamente, algunas cosas básicas.

El colegio estaba, además, muy bien situado: las aulas, orientadas a mediodía, tenían en el aire toda la claridad y toda la dulzura de los llanos de Calella. El patio era espacioso y soleado. En aquel sitio pasé horas inolvidables. Cada época del año tenía su juego: el trompo, las canicas con unos hilos de colores en el interior, la pídola, la pelota, los hiques... En un rincón del patio había un pobre granado. A pesar de los trompazos que recibía y las heridas que llevaba encima, tenía el humor de florecer cada año. Cubierto de flores rojas, acarminadas, de pistilos amarillentos, era una maravilla... ¡Cuántas horas no pasé entonces embobado mirando, desde el pupitre, el granado sobre el cielo azul lejano, rosa o verde, sobre el cielo azul-verde de porcelana de los días de tramontana...!

El jueves íbamos a la pineda de En Marquès, que era como un enorme jardín de pinos alineados, simétricos, ordenados con el delicioso paisaje, lleno de torres antiguas, del Ermedàs al fondo, encuadrado por las avenidas de pinos altísimos. Aquel pinar oscuro, perfumado de setas, dentro del cual

2. En castellano en el original. En lo sucesivo sepa el lector que las palabras escritas por el autor en castellano irán en cursiva.

flotaba una luz soñolienta y trémula, me gustaba con delirio. Por la noche, pensaba en el ruido grave y solitario que hacía el viento en las altas ramas; veía la luz estática, dulce, que flotaba bajo el verde dorado de los árboles.

En 1904 fuimos a vivir a la casa que mi padre hizo construir en la calle del Sol. Tenía, entonces, siete años. Mi hermana Rosa aprendía a andar, a gatas. Cuando entramos, aún estaban los pintores y los empapeladores. Uno de aquellos pintores —un hombre del país, que llevaba bigote— se pasó varios días en lo alto de una escalera, el cuello torcido, sacando un poco la lengua, pintando unos tiernos angelitos en el cielo raso de un saloncito. Con un pincel muy fino redondeaba las nalgas de los angelitos mientras por entre el bigote, con una calma arcaica, canturreaba: «*El pardal, el pardal, quan s'ajocava, feia remor...*» Se sentía, sin embargo, un olor a casa nueva, fresca, agradable. Mi primer recuerdo de lectura va unido a esta casa: me puse a leer una tarde que hacía calor, sentado en los peldaños de la escalera, la información de la bomba de Morral, cuando los reyes se casaban. Fue mi primera lectura consciente, seguida y larga.

No sé cuándo, ni cómo, ni en virtud de qué, descubrí un buen día que —objetivamente hablando— en casa se comía bastante bien, dicho sea con perdón. Pero quizá esto sucedió más tarde, siendo ya mayorcito... En todo caso, fue un descubrimiento considerable. Fue la primera noción que tuve de la importancia que como institución tienen las familias de posición suficiente para permitirles ir al mercado con una cierta imaginación y un determinado sentido de la realidad.

*11 de marzo.* Hoy he pasado delante de la casa del Carrer Nou —o del Progrés— donde nací. Su fachada alta y fría, siniestra, manchada de goterones de lluvia, no me ha sugerido nada; el poder de evocación de sus paredes no me ha causado absolutamente ningún efecto. Ningún recuerdo concreto —si no es el del huerto de detrás de la casa—. En cambio, no hay nada, en la calle del Sol, que no avive la memoria de mi infancia, de la adolescencia, de un montón de cosas que el paso del tiempo casi ha borrado.

De pequeño fui muy tímido. Todavía lo soy, y las innumerables faltas que he cometido en sociedad obedecen a mi manera de ser, pasablemente complicada pero muy incompleta. Tengo la impresión de que mi hermano Pere, en aquella época, era, al menos, tan tímido como yo. Una de las visitas de casa era el señor cura de la villa, mosén Soler de Morell. Era una amistad antigua que procedía de la testamentaría del señor Esteve Casadevall. El señor cura fue quien llevó dentro de una maleta, enfundada en una tela gris oscuro, una copia del testamento de mi tío a favor de la curia de Girona. Fue recibido, claro, triunfalmente, con un léxico ditirámico.

Mosén Soler era un vejete blanco-rosado, con el cabello fino de color

de paja, pequeñito, bien conservado, pulido, de una calidad de celuloide, redondete como un conejito. Sus ojos vivos, con un toque amorado, desprovistos de fuerza inquisitorial, admirablemente conformes con la matización de su frase y de su adorable gesticulación, muy ponderada, lo hacían simpatiquísimo. Era de un trato dulce, azucarado, acuciante. Era «cariñoso». Este es el hecho irreparable.

Ahora bien, casi me avergüenzo de decirlo: ante lo que esta palabra significa habitualmente, he sentido siempre una especie de insoportable molestia. No sé cómo expresarlo: es una palabra que para mí ha estado siempre ligada a una artificiosidad gratuita, a una comedia sin ton ni son, de una insinceridad monótona, aburrida. Se podría decir que he sido siempre reacio a comprender esa elemental voluptuosidad de la vida y que he tenido un temperamento brusco, huraño, silvestre. Ahora mismo, si dijese que no soy tan sensual como cualquier hombre del país pueda serlo, haría reír. Pero aún haría reír más —a mis amigos, sobre todo— si dijese que soy un voluptuoso. No soy un voluptuoso ni de los adjetivos. A la hora de beber, no soy el degustador de las cuatro gotitas. Me gustan las copas finas, llenas, grandes.

Cuando mosén Soler salía de paseo por las calles o por las afueras de la villa, iba precedido por el perro de la rectoría —un animal pequeño, gordo, patiocorto, de pelo blanco, con una mancha negra sobre el ojo, rabón, de respiración fatigosa y difícil—. Cuando mi hermano y yo descubríamos a aquel perro, nos invadía una especie de angustia, doblábamos la primera esquina, echábamos a correr, huíamos...

Los cumplidos de mosén Soler iban indefectiblemente acompañados de buenos consejos suavísimos, del regalo de estampitas y confites. En la calle, se las veía y se las deseaba para quitarse de delante a los muchachos que se precipitaban a saludarle y a besarle la mano en tropel —cosa que hacía que, entre ellos, se diesen, para ver quién llegaba el primero, unos cabezazos secos—. Cuando me encontraba ante él, no sabía dónde mirar, ni qué decir, ni qué hacer con las manos y los pies... Un día, estando yo en casa, tocaron el timbre de la calle. Fui a abrir. Era mosén Soler, sonriente y dulzón, con el perro entre las piernas. Se me cayó el alma a los pies. Di un paso atrás, viré en redondo y emprendí una carrera que no acabó hasta el jardín, donde me escondí detrás de la leñera...

Todo esto es muy extraño, injustificado, gratuito. Es así. Ahora bien: sería totalmente absurdo suponer que yo no sentía por aquel santo varón el mayor de los respetos.

Cuando nos trasladamos a la calle del Sol, a la casa nueva —y este es uno de mis recuerdos más antiguos—, mi padre recibió la visita de sus amigos. En general, el edificio tuvo éxito. El día que vino el doctor Pons, el médico que teníamos para los casos ordinarios, asistí a un largo examen de

todos sus rincones y rinconcitos. Al final, después de las congratulaciones de rigor, al despedirse en la cancela, el doctor Pons dio con el codo un golpecito al brazo de mi padre y le dijo con una voz enronquecida por la risa:

—La casa, Tonet, es una buena casa. Una de las mejores de la villa. Te felicito. ¡Has hecho una buena boda!

Tonet es el nombre que han dado siempre a mi padre sus amigos íntimos. Los que le tienen menos confianza le llaman señor Tonet.

Ahora bien: a los siete años todo es un misterio. Pero algunos misterios, a esa edad, tienen el defecto de volverse obsesivos y pegadizos. ¿Qué quería decir el doctor Pons con su frase: «has hecho una buena boda, te felicito»? Durante mucho tiempo traté de averiguar el sentido. Lo entendí mucho más tarde y encontrándome ya en medio de las dificultades de la vida...

¡Recuerdo tantas cosas de aquella época! Los inviernos largos y muy fríos, más fríos que los de ahora, me parece; las tramontanas impetuosas, que a veces duraban ocho días, después de las cuales el país quedaba en un estado de fatiga y de palidez, como de convalecencia; las habitaciones glaciales de la casa con las baldosas nuevas que producían el mismo efecto que tener los pies sobre una barra de hielo; los carámbanos de hielo goteando de los balcones a la calle; el color rosado de la helada sobre las hojas del brécol del jardín; el ruido que hacía el viento en las chimeneas y el humo acre que despedían por la boca, y que nos hacía toser; los días interminables de lluvia que pasábamos en los desvanes jugando a decir misa o mirando caer el agua con la nariz aplastada contra los cristales de la ventana y la mágica sorpresa de la nieve, silenciosa y quieta...

Los domingos por la mañana íbamos al oficio muy endomingados y envarados; por la tarde volvíamos a la iglesia, para la función habitual. Nos llevaban, mi madre y mi tía Lluïsa, hermana de mi padre, una señora soltera, beata, hija de María, muy al corriente de la situación eclesiástica local. Cuando la tía nos hablaba de las cosas de la religión, en el plano de su pietismo familiar, casero, siempre nos decía:

—Nuestro Señor, pobrecito...

Se refería, claro, a Nuestro Señor Jesucristo, porque llamar pobrecito al Padre Eterno, que en el altar mayor está representado en la parte más alta del retablo, bajo el techo, con una gran barba blanca, pero muy bien conservado, el ojo imperativo y un aspecto de salud de hierro, hubiera sido impropio y probablemente inexacto. La tía era hija de María, muy metida en la parroquia, y tenía un gusto exquisito para arreglar los altares con trapitos y florecitas. Nos gustaba mucho escucharla. Su piedad era tierna, de un azucaramiento notable.

Los domingos corrientes, en la iglesia, rezaban un rosario que, ante la luz amarillenta de los cirios, hacía entrar un sueño manso y dulce. Pero

cuando, de pronto, llegaba una gran fiesta, podía haber triduo o novena, y entonces aparecía un predicador forastero y el altar se iluminaba de una manera espléndida. El retablo churrigueresco, arrebatado y sonoro, tocado por la luz de la cera y por las cuatro grandes arañas que colgaban del techo, era un prodigio. Había sido concebido como un gran espectáculo, pero los días de solemnidad era más que todo esto: la luz se prendía en las maderas sagradas, desdibujaba formas y figuras y aparecía como una inmensa fuente de *relleno* sobre la cual chorreaba un jugo de oro, espeso y brillante, como un hormiguo lumínico. Los sermones solían ser en castellano, y como quienes los pronunciaban eran generalmente predicadores de la región, resultaban mucho más castellanos que si hubiesen tenido un origen auténtico: los predicadores eran ampulosos, gesticulantes, declamatorios. Se conducían y accionaban con la violencia de la convicción. Había una tendencia, tenida por muy respetable, a decir las cosas de la manera más enrevesada que se pudiera, larga, confusa. Hablaban ciertamente con elegancia o, a lo menos, ellos lo pensaban. Cuando la luz les daba de lleno, se les veía empapados de sudor, congestionados, frenéticos. Pasada la primera impresión de sorpresa, la gente los escuchaba con una benigna complacencia, pasablemente bien sentada. Después, cuando el predicador bajaba del púlpito, la gente se miraba, consternada de que el sermón hubiese durado tan poco y que el predicador hubiera resultado tan económico y exiguo de palabras.

Pasada Santa Margarita —que es la fiesta mayor de la villa y que cae el día 20 de julio— íbamos a Calella, a la playa, a pasar un mes. Mi madre había heredado la casita que el señor Casadevall y su esposa doña Beatriu se habían construido en el Canadell. Pasábamos un mes delicioso —un mes que duraba un instante— pescando, bañándonos, remando y saltando por las rocas. Teníamos un bote que se llamaba *Nuestra Señora del Carmen*, con matrícula de Palamós. Nos gustaba, sobre todo, remar. Era un ejercicio que podíamos practicar horas y horas, sin cansarnos apenas. El sol primero nos llagaba y nos hacía cambiar de piel. Después quedábamos tostados, morenos, negros, y los ojos se nos volvían tan pequeños que apenas se nos veían.

Al día siguiente de Santa Rosa (30 de agosto) volvíamos a Palafrugell en el carro que transportaba los colchones. Acostumbrados al aire libre, a la vida holgada y sin estorbos, la villa nos parecía estrecha, las calles agobiantes y opresivas. Ponernos los zapatos era un problema. La ropa nos embarazaba. Abrocharnos el botón del cuello de la camisa era difícil. Todo nos iba pequeño. A mediados de septiembre caía el primer chaparrón, y el país adquiría un aire otoñal y dulcísimo. El aire quedaba limpio, la tierra perdía aspereza, los cielos incandescentes del verano se volvían de un azul tierno. El chaparrón facilitaba la entrada de los botones en los ojales correspondientes.